

que nos hace desear y creer, que para el aprendizaje de un oficio tomemos sólo 6 meses en vez de 3 o 4 años, que busquemos un manual cuando no el catálogo en lugar de unos libros. Señalemos de paso, que eso quizás encierra no sólo una gran pereza sino también una excesiva confianza en nuestra inteligencia y en nuestra agilidad para aprender (lo que quizá es una gran soberbia o arrogancia): de ahí la improvisación, la falta de planeación y por ende las dificultades de evaluación. La falta de metas, el ir tirando en la vida, a la topa tolondra, al garete, a lo que resulte. Lo que es casi un estilo de vida (o sin el casi) que hace imposible la formulación de proyectos de vida.

En este orden de ideas, las especializaciones en Colombia serían casi una (especie de) imposición cultural, y de nuestra parte, un esfuerzo desesperado por ponernos a tono con los tiempos, pero su fracaso, en general, no es sino demostración de esa resistencia cultural. Digo fracaso porque en general, aquí, quien hace una especialización no se comporta como tal a más de que el medio (laboral) no lo asume (o asimila) como tal, y se volvió sólo un medio de promoción, de cotización profesional. Lo que ha llevado a una suerte de prostitución de los mismos.

En este contexto habría que examinar la ética del trabajo en nuestro medio sociocultural.

(1) K. Kosik . Dialéctica de lo concreto. Edit. Grijalbo.

RESPUESTA COMPLEMENTARIA A LA DISERTACION DE LUIS CARLOS RESTREPO

Uriel Giraldo Alvarez

Abril de 1994

La individualidad no es un fin en sí: es algo que debe entrar en contacto fructífero con el mundo, y al hacerlo así, debe perder su inconexión. Una individualidad guardada en una caja de cristal se marchita, mientras que gastándose libremente en el comercio humano se enriquece.

Bertrand Russell

Las microculturas del consumo como microculturas de socialización, sí, claro; la invocación a la voluntad, sí, claro, también, forman parte de una perspectiva panorámica, pero dónde está el individuo que se somete a esas microculturas y sus razones para ello? El gran ausente de la sociedad (y parece que también del análisis) es el individuo, o, para no exagerar, parece como si lo que más importara en el hecho social y en la existencia personal fuera la socialización.

Ahora todos los espacios, llámense escuela, familia, iglesia son examinados (y criticados) como espacios de socialización; incluso se señala el desplazamiento de la función socializadora de estos a los medios de comunicación. Hoy el niño, se dice, es socializado por la televisión.

Pero nadie ha parado mientes en el fracaso de la función de aquellos espacios como forjadores, o al menos como posibilitadores, del desarrollo de la individualidad. Hace mucho dejaron de lado esta función (si es que alguna vez la tuvieron) por el temor a que incentivando la individualidad se estimulara el individualismo. Pero, vaya paradoja, sucedió todo lo contrario: arrojó una sociedad individualista de seres sin embargo homogéneos, idénticos, tan idénticos como es posible forzar la condición humana al monocultivo, a la mismidad.

Pero qué hace que para el joven (y toda persona en general) sea tan importante la socialización? Pero socialización es una palabra demasiado amplia y poco precisa para lo que en realidad es (porque, desde un punto de vista macro, el joven consumidor de drogas no se socializa sino todo lo contrario, se segrega, o es segregado de un ámbito social más amplio): un afán de aceptación, de reconocimiento, incluso de identidad (aspecto considerado por Restrepo). Pero en sentido p73 estricto, la palabra aceptación también es amplia pues el joven tampoco la obtiene fuera de su reducido círculo.

Pero es que ese medio social amplio, con todas sus viejas y nuevas instituciones socializadoras, lo único que ha promovido es la homogeneidad como mecanismo para garantizar un mínimo de coherencia social, de convivencia, y toda la máquina social se dispuso a ello; homogeneidad que de paso benefició y aprovechó la sociedad de consumo.

La otra función, la de individuación, quedó relegada a las instancias de la persona que, de todos modos, siente que la singularidad es reprimida. Se esconde en esto, también, una especie de temor social a la diferencia, la misma que dice Restrepo es lo que irrita del adicto: que no sea posible la interrelación con él. Es el temor de que en la construcción de la individualidad, de la singularidad, cada individuo construya unos códigos tan personales que resulte difícil la comunicación con él. Es el antiguo temor a que se desaten las fuerzas del inconsciente, que ese animal no obedezca a la razón. A más del, en apariencia, temido individualismo, aquel (el inconsciente y su fuerza creativa) resulta inadmisibles en una sociedad de masas, por su efecto corrosivo y disolvente, de pronto subvertor.

Sociedad de masas que se caracteriza, entre otras cosas, por un "vivir hacia fuera" como gustaba decir a Ortega y Gasset.....

De ahí que no es de extrañar que en ella lo que importe sobre todo sea la imagen, el qué dirán y que el sentimiento de valía lo otorgue el otro; así la autoestima personal está muy lejos de lograrse por lo que se es y en una escala íntima y personal, sino que la otorga el otro, el afuera.

Si se observa bien la publicidad, lo que en el fondo ofrecen sus productos es reconocimiento social

Y cuál es el porqué del fracaso de esa función socializadora, pues muchos dirían que no la han cumplido a juzgar por la violencia, la delincuencia, la



falta de solidaridad, los altos índices de drogadicción y toda la explosión de conductas reprobadas socialmente?

No basta con comprender que el consumo de psicoactivos es un medio de socialización, hay que ir más allá y explicar porqué lo es, y porqué la primacía de la socialización sobre la individuación.

Y no es que pretenda oponerlos radicalmente. Han sido los socializadores a ultranza los que han visto irreconciliables la individuación y la socialización. De lo que se trata

es de recuperar la dialecticidad bajo la cual el desarrollo de uno es garantía de la otra, y la posibilidad y necesidad de p73 desarrollo mutuo en una relación dinámica.

La SOCIALIZACION busca la convergencia de pensamiento y conducta, conduce inexorablemente a la homogeneidad, es decir, tiende a eliminar las diferencias personales, concibe el desarrollo humano como crecimiento (o sea como acrecentamiento de lo ya existente que es un aumentar y de ahí a la acumulación de cosas no hay mucho trecho), lleva a la heteronomía, es decir a que el individuo se regule por los dictados de fuera (de la opinión ambiente), a que el individuo no sea su propio centro de decisiones sino que estas le vengan de afuera, a veces en la forma del qué dirán, del se (se dice, se hace...). La responsabilidad social (o el civismo) que así se genera es bien dudosa (nace de la ética de la conveniencia.....) y tiende a no asumirse cuando no hay un control visible. La sociedad es centrada, hay una organización centralista, con tendencia al autoritarismo o al caudillismo, pues se deja en otros la responsabilidad de pensar, aún más, está prohibido, es riesgoso, y es el pensamiento ambiente, o la opinión fabricada por los **mass media** los que se asumen. Así, qué fuerza de voluntad se le va a pedir al individuo si ni siquiera ha tenido el esfuerzo de construirse a sí mismo, de construir sus propios códigos y el deseo de comportarse y de expresarse con ellos y de hacerlos respetar? Qué fuerza de voluntad se le puede exigir a un individuo al que sólo se le ha enseñado a acomodarse al molde?

Socializar es "meter" la sociedad en el individuo, y esa tarea que parece ser tan importante a las disciplinas sociales de hoy y particularmente a las pedagógicas (recuérdese que para Foucault las ciencias sociales son técnicas de control social) vacían al individuo de subjetividad, de intimidad en un efecto similar al de la inhibición competitiva según la cual ciertos fármacos ocupan un espacio antes que otros lo ocupen. Ya no es la interacción de individualidades, de singularidades las que dan forma y enriquecen el tejido social, sino un inmenso monocultivo.

La INDIVIDUACION, por el contrario, cultiva las diferencias personales, permite la construcción de un pensamiento divergente, conduce a la autonomía, a que el individuo sea su propio centro de decisiones, la responsabilidad que se genera es basada en una ética de la convicción sin ser ajena a una relación cordial (afectiva) con el entorno social y ambiental.

A mediados del siglo pasado, ya decía J. Stuart Mill que "...existe en el mundo una fuerte y creciente inclinación a extender en forma extrema el poder de la sociedad sobre el individuo, tanto por medio de la fuerza de la opinión como por la legislativa" y agregaba que "como todos los cambios que se operan en el mundo tienen por efecto el aumento de la fuerza social y la disminución del poder individual, este desbordamiento no es un mal que tienda a desaparecer espontáneamente, sino, al contrario, tiende a hacerse cada vez más formidable".

Antes que ser reconocido y aceptado socialmente, existe la necesidad imperiosa de ser, de ser único y diferente. Sí, los códigos, los vampiros, los símbolos que nos habitan, pero por qué tienen que ser los mismos vampiros? Por qué ha de estar el individuo impedido para entusiasmarse con los distintos vampiros que habitan a los otros, por qué en vez de desear al idéntico no entusiasmarse por el diferente?

En últimas se trata de que las instituciones sociales dejen de construir el hombre masa, el señorito insatisfecho, el ser que no sabe cómo funcionan las cosas, al que lo tienen sin cuidado los fundamentos de la civilización, pero que sin embargo considera que tiene derecho a todas ellas y que alguien (llámese estado, sociedad, progreso) tiene que proveerle de ellas y que su único deber es el de pagar el costo del servicio.

Ese hombre masa, víctima además de otras falacias, de algo que es como la mitología del siglo XX: la falacia del progresismo, de pensar que el mundo progresa necesariamente, y necesariamente para bien. Olvidándose de hecho

de la condición radical de la condición humana: radicalidad que es siempre ética (antes que económica o política). En el fondo hay siempre una valoración ética: de lo que el hombre juzga descabable.

El aparente éxito, pero en el fondo la pérdida y el fracaso del individuo y de la sociedad en general, es el haber logrado una aparente acticidad, el vivir en la anomia.

Acticidad (o anomia) que ha conducido a una radical irresponsabilidad que, por ejemplo en lo ecológico, se manifiesta en una deliberada y cómoda ignorancia sobre el trabajo invertido en un producto, la proveniencia de las materias primas y el destino final de sus desechos.

Examinando sólo la socialización se llega a generalizaciones absurdas como la de que el dispositivo socializador en las décadas del 60 y 70 era la marihuana. Conozco a muchos de esas generaciones que no la utilizan ni la utilizaron y aunque no gozan del poder político ni cultural, no por ello podemos decir que fueron menos socializados. Y seguramente, en 20 años cuando se diga que las prácticas socializadoras de los 80 y 90 eran las prácticas homosexuales u orgiásticas o el consumo de basuco o cocaína, más de uno de los aquí presentes nos sentiríamos incómodos y sabríamos que quien eso afirma está faltando a la verdad.

